

La política de desarrollo económico en la guerra fría

por el Académico de número
Excmo. Sr. D. Luis Olariaga.

Pocas, muy pocas veces, me ha cabido el honor de dirigirme a los señores Académicos, pero cuando lo he hecho he procurado no malgastar su atención con tópicos circunstanciales, ni plantearles cuestiones de mi especialización profesional, sino incitarles a meditar en torno a la preocupación fundamental de nuestra vida de hombres cultos: el derrotero que va siguiendo la sociedad a que pertenecemos.

En mi discurso de ingreso en la Academia —hace trece años— llegaba a la siguiente conclusión: “Hemos llegado al momento más grave de la evolución de la sociedad que aún se llama moderna: el momento de la popularización de sus falsos ideales de riqueza. Los peligros más terribles que amenazan a la civilización y preparan otra guerra, que sería quizá la última de Europa —porque acabaría con ella— los engendra el sectarismo comunista, y el comunismo no es más que la obsesión de las clases populares por disponer de las riquezas acumuladas. El socialismo marxista ha fascinado a las clases populares con la falsa ilusión de que podrían disfrutar de las comodidades y placeres de las clases ricas si arrebatasen el poder de manos de la burguesía y se sirvieran de él para organizar la sociedad con el punto de vista exclusivo de asegurar la igualdad económica. El socialismo antiguo reconocía sin rebozos la necesidad de la acumulación de capital en la producción moderna, y aunque al ofrecer a los obreros un sistema que les garantizase percibir el producto íntegro de su trabajo, les hacía concebir la lógica esperanza de mejorar su situación, no convertía en centro de sus ataques al capital ni desestimaba capciosamente su necesidad y, como consecuencia, la obli-

gación de retribuir sus servicios. Pero el marxismo creó y explotó el equívoco de que no era indispensable la acumulación de plusvalía en forma de capital y que la plusvalía correspondía íntegramente al proletariado y debe ser por éste consumida, dejando cundir la infundada creencia de que todo el capital que se acumula debe ser repartido entre los trabajadores y puede serlo sin perjuicio para la organización económica moderna.”

Perdónenme ustedes el recuerdo. Lo he exhumado como primer pilar puesto en esta casa por mi modesto pensamiento. La popularización del fanatismo materialista y de la creencia de que el enriquecimiento de la masa es un puro asunto de expropiación de los capitalistas, es la quinta-esencia de lo que puede llamarse el espíritu marxista.

Con ese espíritu —que no alienta únicamente en los auténticos afiliados al marxismo, sino también en muchos que repudian teóricamente ciertos aspectos del marxismo, pero que se suman a la corriente anticapitalista por no chocar con la fuerza y política de los obreros— ha venido dando tumbos en Europa, desde la terminación de la última guerra mundial, la política social y ha creado un clima de incontenible repudio de cuantas ideas e instituciones puedan oponer obstáculo al presunto alcance de una riqueza que, por lo visto, ha de salir, sin más enojosas demoras, de la mera voluntad política.

La última vez que me dedicaron su atención los señores Académicos —hace tres años— desarrollé el tema *La paradoja económica de nuestro tiempo*, exponiendo la contradicción entre el hecho de que la política obrera exigiera cada día en mayor proporción el incremento del consumo a costa del ahorro y, al propio tiempo, intensificara la necesidad de capital para inversiones, las cuales no podían efectuarse sin aumentar precisamente el ahorro. Explicaba cómo la consecuencia de tal contradicción no podía ser otra que la de consumir en cada nación más que lo que se produce y que si este milagro se había podido venir realizando temporalmente en algunos países, lo había sido echando mano de dos recursos circunstanciales y efímeros: el consumo de capital nacional —al no hacer provisiones para amortización de instalaciones y maquinaria, ni reponer materiales ni acopios de mercancías— y la ayuda exterior.

La imposibilidad de resolver a la larga este problema es cosa que saben de sobra los dirigentes de las masas obreras, pero ellos cuentan seguramente con el permanente conflicto que plantean al actual sistema de Empresa privada y ahorro voluntario para ir forzando sus recursos y patentizando su impotencia, de suerte que sea el Estado quien vaya haciéndose cargo de Empresas que en otro tiempo se hallaban encomen-

dadas a la técnica y a la iniciativa privadas, y la sociedad vaya avanzando paulatinamente hacia la desaparición del régimen llamado capitalista y modelando un régimen socialista que, por la fuerza misma de las circunstancias, habría de desembocar en el comunismo que predica Rusia.

Esa animosidad sin vacilaciones ni frenos con que se ha disparado contra el capital y sus instituciones a la opinión pública, y en la que colaboran sin vacilación, con la mejor buena fe, muchos ideólogos y moralistas, lleva larvado en su fondo solapadamente el virus marxista.

Sería necio e insensible a los dictados de toda justicia social proclamar la intangibilidad del actual sistema de distribución de la riqueza. La presunta libre competencia que debe garantizar la mayor eficiencia, la mayor productividad, el mejor servicio y la mayor retribución, se halla muy lejos de imperar y el intercambio humano está lleno de monopolios, de oligopolios, de abusos y de desigualdades no justificadas; pero no se empuja a la política a buscar correctivos laborales, antimonopolistas y fiscales al sistema, respetando, empero, sus principios. Si los gobernantes que no son socialistas siguen a veces esta trayectoria, animados de buen espíritu pacificador y asociativo y de deseos de asegurar, ante todo, contra abusos personales, contra la intemperie del paro forzoso, contra los accidentes de la vida y contra la falta de recursos para educar a los hijos y hacer posible su elevación social; si tienen para ello condiciones, son desbordados por pretensiones —muy lógicas, por otra parte— sobre jornada o sobre salario que pueden afectar a los costes, entorpecer la producción, mermar el ahorro y, a veces, hacer imposibles nuevas inversiones. Y es este aspecto de insolidaridad con la producción, de indiferencia por el interés general, de falta de responsabilidad ante las consecuencias que pueden sobrevenir, lo característico de los movimientos laborales actuales, lo mismo en los países muy desarrollados que en los poco desarrollados. Y lo que hace poner en guardia sobre las intenciones que se ocultan tras de esas exigencias, cuando son inmoderadas, es que quienes deben tener conciencia de la posibilidad y de la oportunidad de dar satisfacción a tales aspiraciones no procuran atenuar la presión política de las organizaciones sobre las cuales influyen, sino que dejan apasionarse a los trabajadores con el convencimiento de que los beneficios empresariales sustraen siempre a su legítimo consumo lo que a ellos corresponde, y no les dicen que las empresas del Estado se lo sustraerían igualmente. Y así se va minando la autoridad y se va haciendo caminar, cada vez con más dificultades y con más cirineos administrativos estatales, a un régimen económico social que no lo defienden —por-

que no tienen tiempo más que para ganar dinero— los propios capitalistas y cuya defensa es mucho más respetable y necesaria por lo que tiene de sistema orgánico basado en la libertad humana, que por lo que pueda tener de eficacia productiva. No hay que olvidar, que el principio básico de nuestra cultura europea, cristiana, es el principio de libertad, como el de la cultura oriental es el principio de igualdad.

Pues bien, esa lucha de las masas obreras dentro de cada país contra la formación de capital por el ahorro voluntario y contra la Empresa privada se ha aplicado ahora a una lucha de los países subdesarrollados contra los países altamente capitalistas. Y la amenaza es parecida: para que no se altere el orden internacional y para que no se imponga el comunismo en los países pobres, los países ricos tienen que auxiliarles por todos los medios y a toda marcha para que aumenten su prosperidad. A esto es a lo que llamo la lucha económico-social en la guerra fría. El afán impaciente de los obreros organizados por mejorar materialmente, no con mayor esfuerzo personal, sino por la presión política, y no sólo los que están mal, sino también los que están menos mal y los que están mejor que otras clases más cultas, está alimentando un movimiento internacional que no pudo soñar Carlos Marx al lanzar con Engels su grito: “¡Proletarios de todos los países, uníos!”, en el famoso *Manifiesto Comunista*, de 1848, ante un proletariado inglés y alemán que no tenía, como hoy tiene, neveras eléctricas, ni aparatos de radio o de televisión, ni automóviles, ni casas propias. Y quien explota esa ilusión materialista y arrolladora de cuantos escrúpulos o dificultades se opongan a su paso, es Rusia; quien organiza el descrédito de los principios occidentales y procura desmoronar los idearios e instituciones que sobre ellos se alzan, es Rusia.

Yo no puedo lamentar, desde el punto de vista del economista, sino del sociólogo, que la masa obrera, mal aleccionada por el consumo extravagante de los capitalistas, tenga cada vez mayor aspiración de bienestar material; pero tengo que lamentar, como economista, que se trate de anticipar en todas partes el nuevo consumo a una producción adicional que, además, no es seguro que se produzca ni en plazo oportuno ni con la amplitud necesaria.

Un aumento prematuro de la demanda de artículos de consumo no hace sino desencadenar una elevación de costes y de precios que va anulando las mejoras materiales que parecían haberse conseguido; pero con ese proceso inflacionista, si no se logra una mejora efectiva de los asalariados, se logra, en cambio, mantener constantemente un estado de insatisfacción y de rebeldía, y se logra, asimismo, crear al gobernante

problemas difícilmente solubles dentro de un sistema económico que no se halla basado en la coacción y donde no se obligue a todos mediante el ahorro forzoso, a formar capital.

Aprovechando esa disposición de ansiedad mundial por un enriquecimiento uniforme y de impotencia del capitalismo para hacer milagros, los países de allende el telón de acero montaron la lucha económico-social de la guerra fría, con el objetivo de descomponer los sistemas de gobierno de las naciones libres y democráticas y su régimen de organización económica, cimentado en el respeto a la personalidad humana y en la consideración a sus iniciativas y a sus esfuerzos voluntarios. Y para ello apelaron a los dos siguientes métodos:

1.º Mantener una constante amenaza de guerra que haga vivir en perpetua inquietud a los países libres, socavando su confianza en el porvenir y enervando sus ilusiones e iniciativas, a la par que imponiéndoles gastos militares exorbitantes y restándoles la holgura económica indispensable para hacer frente sin inflaciones a la elevación del nivel de vida de sus poblaciones.

2.º Hostigar las aspiraciones de la masa obrera e impacientarla para su logro, con el fin de romper el equilibrio entre producción y consumo, de dificultar una capitalización inexcusable y de provocar el descontento en una masa social que se cree engañada con el encarecimiento de los recursos vitales y se convence de que no hay solución a sus problemas dentro del régimen económico vigente.

Así tienen planteada la guerra fría a Occidente la Rusia soviética y sus satélites. Y así se explican esos ambiciosos y urgentes planes de desarrollo que ellos ofrecen a países que carecen de medios técnicos y financieros para realizarlos, obligando también a los países libres a proponerlos. Hoy se halla medio mundo enfervorizado con promesas de elevación del nivel de vida en cuantía impresionante y en plazo perentorio, y que si tienen un sentido de posibilidades en naciones como España, en las que hay una cultura considerable, una técnica en vertiginoso perfeccionamiento, una tradición industrial modesta, pero susceptible de toda clase de asimilaciones, un crédito internacional al que ha respondido siempre y unas garantías de transformación relativamente rápida y eficiente, representan, en cambio, preocupaciones en numerosos países de otros Continentes que tienen organizados similares festivales.

Para muestra de concentración de resortes productivos que está realizando y de medios de influencia que pone en juego el bloque comunista para atraerse a los pueblos necesitados, voy a dar a ustedes los siguientes datos, procedentes de profesores y altos funcionarios

rusos que tomaron parte en la Escuela Internacional Bancaria, reunida en Moscú el año pasado, y a la que no fueron invitados los Bancos españoles, ni quisieron asistir los Bancos suizos, pero de la cual me facilitaron mis colegas del Institute of Bankers, de Londres, toda la documentación.

A la convocatoria que en 1947 hicieron, en representación de Inglaterra y Francia, respectivamente, los Srs. Bevin y Bidault, secundando los planes norteamericanos del General Marshall para promover una cooperación general económica europea, a la cual siguió, en 1948, la creación de la Organización Europea de Cooperación Económica (O. E. C. E.), respondió Rusia negándose a colaborar en la organización y creando, en 1949, un Consejo de Ayuda Económica que tomara a su cargo la División Internacional Socialista del Trabajo. El programa del citado Consejo declaraba: "La cooperación entre los Estados socialistas permite a cada uno de ellos hacer el uso más racional de sus recursos y desarrollar sus fuerzas productivas." Un nuevo tipo de división internacional del trabajo se está desarrollando en el proceso de cooperación económica, científica y técnica de los países socialistas en un proceso de coordinación de sus planes de desarrollo económico.

El comercio de la U. R. S. S. con los países socialistas fue triplicado o cuadruplicado en el decenio de 1950 a 1960, mientras que el comercio entre los países capitalistas no llegó siquiera a duplicarse. Por otra parte, la coordinación industrial ha producido una división del trabajo a la que se refieren los siguientes datos: están especializadas en la producción de elementos siderúrgicos: Rusia, Checoslovaquia y Polonia; en la de cierto tipo de productos metalúrgicos: Polonia, Checoslovaquia y Hungría; en la de maquinaria para industrias de la piel y calzado: Checoslovaquia, y para los géneros de punto, Alemania Oriental. Esta última se halla también especializada en productos químicos. La producción de camiones y tractores se halla más distribuida entre los países socialistas industriales. Rusia ha facilitado el desarrollo de refinerías de petróleo, en Rumania; de maquinaria agrícola, en Bulgaria y Rumania, y de elementos de transporte, en Polonia, Bulgaria y Rumania.

Para dar una idea de la importancia de la cooperación científica y técnica entre los países socialistas, se reproducen los siguientes datos de una publicación oficial rusa: El costo de la documentación técnica proporcionada gratuitamente a dichos países puede valorarse en cerca de nueve mil millones de nuevos rublos, y el coste de la documentación recibida por la Unión Soviética de dichos países es estimado en 1.400 millones de rublos.

En el período de 1958 a 1961, la Unión Soviética envió a los países socialistas europeos ocho mil colecciones de documentos técnicos, y recibió de ellos alrededor de cinco mil. En el mismo período, la Unión Soviética recibió, aproximadamente, doce mil especialistas de dichos países y los puso en contacto con experiencias científicas y técnicas, enviando, por su parte, a los citados países, más de cinco mil de sus propios especialistas.

Otro cometido del Consejo de Ayuda Económica de la U. R. S. S. es el de proporcionar ayuda financiera y técnica, no sólo a los países socialistas, sino también a países no socialistas subdesarrollados. La Unión Soviética concede créditos en condiciones muy favorables, siendo su tipo de interés la mitad o la tercera parte del tipo de interés que exigen los países occidentales para los créditos que conceden. La norma general es el 2 por 100 anual, sin comisión ni ningún otro recargo.

A comienzos de 1961, los préstamos y créditos de la Unión Soviética a países socialistas ascendían a 7.800 millones de nuevos rublos (alrededor de 7.000 millones de dólares). En 1950, un crédito de 1.200 millones de rublos a la China, para pagar a Rusia suministros de materiales e instalaciones eléctricas, establecimientos de siderurgia y maquinaria. minas de carbón, ferrocarriles, automóviles y otros medios de producción. Estos créditos debían pagarse en diez años, a contar de 1954, con exportaciones de mercancías chinas. El tipo de interés fue el 1 por 100 anual. En 1958 se concedió un crédito a largo plazo a la Alemania Oriental para pago de materiales y para desarrollar la industria química, y en 1962, se concedió otro crédito a la Alemania Oriental. de 280 millones de rublos. El interés de este crédito fue del 2 por 100. En 1956 se otorgó un crédito a Rumania por 27 millones de rublos, a un interés del 2 por 100, para montar fábricas de productos químicos, y el crédito fue concedido por un plazo de diez años. En 1958 se abrió otro crédito a Bulgaria por 130 millones de rublos. En 1960 se concedió a Mongolia un crédito de 615 millones de rublos, y en 1961, otro de 122 millones de rublos. En 1960 se concedió a Cuba un crédito de 90 millones de rublos, con asistencia técnica para la creación de industrias siderúrgicas y metalúrgicas y la construcción de una refinería de petróleo y varias Centrales térmicas.

La Unión Soviética concedió también grandes créditos a los países subdesarrollados para la creación de industrias sobre la base de una independencia nacional. Créditos de esta clase fueron concedidos a la India, Afganistán, Indonesia, República Árabe Unida, el Yemen y el Irak. A mediados de 1961 estos créditos importaban 24 millones de rublos. El tipo de

interés de dichos créditos era del 2,5 por 100 anual, y los plazos oscilaban entre doce y veinticinco años. India, 500 millones. en 1955, para siderurgia; 500 millones, en 1957, para industria pesada; en 1959, 1.500 millones de rublos, para desarrollo de una planta de industrialización; total de créditos, 720 millones de nuevos rublos. Para Afganistán, en 1956, 100 millones de dólares; para Indonesia, 100 millones de dólares. Para la República Árabe Unida, 450 millones de rublos, para la Presa de Asuan y otras obras de irrigación.

No es sólo Rusia la que viene concediendo ayuda a los países socialistas y a los subdesarrollados, sobre los cuales pretende ejercer influencia, sino también China, Checoslovaquia y Hungría se unen a Rusia en dicho tipo de asistencias. Por ejemplo, la China comunista concedió un préstamo sin interés, por una equivalencia de 21 millones de libras esterlinas a Cuba, además de comprar 700.000 toneladas de azúcar. Checoslovaquia concedió asimismo a Cuba un crédito de siete millones de libras esterlinas y se comprometió a coadyuvar en la construcción de diversas instalaciones industriales. Egipto fue hasta ahora el blanco de la actividad económica de la U. R. S. S. y sus aliados, pero actualmente lo son Africa, con los países que van siendo declarados independientes. A Guinea, Rusia le ha facilitado un préstamo de 13 millones de libras esterlinas, como ayuda técnica; por otra parte, China le ha otorgado un préstamo sin interés de nueve millones de libras esterlinas para desarrollo técnico y le ha proporcionado técnicos para que le asesoren, entre otras cosas, en la reorganización del cultivo del arroz. Ghana ha obtenido de Rusia crédito a largo plazo por 14 millones de libras esterlinas y un acopio de técnicos que han preparado varios proyectos, entre los cuales se halla el de una Presa hidroeléctrica en el Volte Negro, cuya construcción va a costar 19 millones de libras. Otros de los territorios africanos que reciben ayuda de Rusia son: Marruecos, al que le han sido concedidos créditos por un importe total de más de 12 millones de libras, y donde China presta ayuda técnica en el cultivo del té; y Etiopía, donde la U. R. S. S. está construyendo una gran refinería de petróleo y ha dotado de profesorado a una escuela técnica, además de haberle concedido un crédito de 36 millones de libras. Siria ha recibido crédito de Rusia por 70 millones de libras y tiene el proyecto de que constructores comunistas rusos le construyan una Presa en el Eufrates, que costará alrededor de 100 millones de libras. habiéndose los rusos brindado a proporcionar una parte de los recursos necesarios en instalaciones y equipo industrial.

En Oriente Medio, uno de los países que especialmente interesan al comunismo es el Irak. En el mes de mayo de 1959. la U. R. S. S. firmó

un acuerdo de cooperación técnica en virtud del cual le concedía un préstamo de casi 49 millones de libras, que fue ampliado en otros 16 millones de libras en el mes de agosto pasado. Un convenio de formación técnica entre los dos países prevé el establecimiento de diez centros en el Irak para adiestrar al personal iraquí en los procesos técnicos industriales. Polonia, Checoslovaquia y la Alemania Oriental están suministrando fábricas totalmente equipadas, y todos los citados países aceptan productos iraquíes en pago parcial; y en el mes de octubre pasado, Checoslovaquia concedió un crédito de 12 millones de libras para ayuda económica y técnica. Los rusos también han desplegado actividad en la industria del petróleo, en la que, en el sector propiedad del Gobierno, los técnicos británicos y americanos han sido en gran parte reemplazados por iraquíes, que reciben ayuda de los expertos rusos; además, le han sido concedidos a la U. R. S. S. derechos de exploración en el Irak. Las más recientes informaciones indican, sin embargo, que, pese a las considerables atracciones ofrecidas por los países soviéticos, los contratos se conceden a base de consideraciones puramente comerciales e incluso se presentan a subasta los proyectos incluidos en el acuerdo del préstamo ruso.

En general, la ayuda chino-soviética hace más tiempo que se halla establecida en Asia que en la mayoría de las demás zonas, y no cabe duda que la más notable empresa de la que se han encargado los rusos en esta parte del mundo es la fábrica de acero de Bhilai, en la India, para la que fue concedido un crédito inicial de unos 47 millones de libras y en la que trabajan unos 800 obreros soviéticos. El año pasado se renunció a los planes de comprar petróleo ruso a precios especialmente reducidos, después de haber sido reducidos los precios del petróleo occidental. Al comentar las necesidades de ayuda exterior de la India en el tercer Plan Quinquenal, que se iniciará en el próximo mes de abril, las autoridades manifestaron que preveían que Rusia y los Estados Unidos fuesen los principales suministradores y, de hecho, la U. R. S. S. ya ha acordado dos préstamos que, antes de la modificación del valor exterior del rublo en el mes pasado, importaban en total el equivalente de 190 millones de libras, casi una décima parte de las necesidades totales. Además, Checoslovaquia ha prometido 17 millones de libras y Polonia casi 11 millones de libras. De la ayuda total autorizada para principios de 1961, una quinta parte había sido prometida por Rusia y sus países satélites.

En Ceilán se hallan en vías de ejecución una serie de proyectos rusos, y han sido recibidos casi 11 millones de libras en créditos, a tenor de un acuerdo firmado en febrero de 1958. Es digno de destacar que también

en Ceilán se está ofreciendo petróleo ruso a precios inferiores al nivel mundial; en efecto, la Unión Soviética parece estar dispuesta a abastecer las necesidades totales de Ceilán con un 25 por 100 de descuento y aceptar pagos en rupias.

En el mes de octubre de 1961 entró en vigor un préstamo sin interés, por importe de 30 millones de libras, concedido por la China. Revistió la forma de asistencia técnica, maquinaria y materiales. La actividad económica en Indonesia ha sido bastante importante. En 1958, Rusia concedió un préstamo de 100 millones de dólares, y otro de 11 millones por la China, suministrando también este último país una considerable cantidad de arroz a crédito. Han sido concedidos créditos polacos por importe de 39 millones de libras para la compra de buques polacos y se ha facilitado un préstamo checoslovaco para la construcción de fábricas químicas. En el año 1960, otros 100 millones de libras le fueron prestadas por la U. R. S. S. para la construcción de una fábrica de acero; aproximadamente una tercera parte de esta suma había de revestir la forma de equipo industrial y materiales de construcción. También en el mismo año se acordó con Rusia la concesión de un crédito de 252 millones de libras para la financiación de diversas Empresas industriales, incluido el suministro de un reactor atómico y la formación técnica de especialistas.

A esa ingente invasión mundial de ideas, de técnicos, de instrumentos y de productos comunistas han respondido los Estados Unidos promoviendo organizaciones políticas y financieras en Europa y en América y prestando mercancías y dólares por miles de millones en varios Continentes: primero, con el plan Marshall; después, con la ayuda económica, y, siempre, con la ayuda militar. El esfuerzo norteamericano ha sido colosal y nunca le será bastante agradecido por los países occidentales de Europa, a los que salvó del caos, cuando al terminar la última guerra, se encontraron en situación política muy confusa y sin capital suficiente para reconstruir su equipo de producción y modernizar sus industrias; pero los Estados Unidos —que no salvaron económicamente a Europa sin grandes sacrificios tributarios, que aún persisten— han ido perdiendo en los últimos años muchas de sus posibilidades de exportación de capitales, justamente en el período en que iban a surgir en América, en Asia y en Africa reclamaciones de ayuda tan imperativas y numerosas como las que habían atendido en Europa.

El presupuesto federal de los Estados Unidos se liquidó el año pasado con un considerable déficit, que sigue manteniéndose en 1963 y que se calcula que tampoco desaparecerá en 1964. En la balanza de pagos viene apareciendo un déficit considerable desde 1950. Las causas espe-

cíficas de dicho déficit anual son 3.000 millones de dólares en gastos militares; en ayuda exterior, aparte de mercancías y servicios, 2.500 millones, y en exportaciones de capital, 3.000 millones. Todo lo cual significa un déficit total de 8.500 millones de dólares al año. De esa cifra, alrededor de 5.000 millones han sido cubiertos por un superávit en los intercambios comerciales y el remanente de 3.500 millones de dólares anuales, en el periodo de 1950-60, una tercera parte por exportaciones de oro y dos terceras partes con un incremento de las deudas a corto plazo con el resto del mundo.

La ayuda al extranjero, consistente en donaciones y préstamos (aparte de los suministros militares), ha ascendido a 27.000 millones de dólares desde el año 1950 y ahora importa, aproximadamente, 2.500 millones al año. Las exportaciones de capital privado ascendieron a un total de 22.000 millones de dólares, desde 1950, y han rebasado los 3.000 millones en los últimos años.

Consecuencia de esos déficits han sido las reducciones constantes de la reserva de oro norteamericana, habiendo perdido los Estados Unidos, desde 1950, 6.800 millones de dólares de su reserva de oro y hallándose contenida relativamente dicha pérdida por la asistencia de los principales Bancos centrales extranjeros, que han acordado no reclamar el reembolso en oro de la mitad de los 20.000 millones de dólares de exigibilidades a corto plazo contra Estados Unidos, que tienen en su favor, y que si los retirasen producirían un tremendo efecto contra la valuta norteamericana.

El apoyo económico de Estados Unidos al mundo libre viene siendo reforzado, afortunadamente, por el que prestan los organismos financieros internacionales y por la cooperación técnica y financiera que aportan algunas naciones industrializadas de Europa, que han perfeccionado sus equipos de producción y hoy cuentan con excedente en sus balanzas de pagos. Existen varias instituciones internacionales, como el Banco Mundial, la Corporación Financiera Internacional y el Banco Europeo de Inversiones, que proporcionan capital para inversiones a largo plazo, por vía pública o por vía privada, a los países por desarrollar. Asimismo, Alemania, Suiza y el Japón vienen haciendo importantes contribuciones, por otra parte, con la misma finalidad. Sin embargo, aun siendo considerable el aflujo de capitales por ese canal, no tiene todavía la magnitud que sería de desear. La O. E. C. D., por otro lado, que desde su reciente reorganización se halla preferentemente consagrada al problema del apoyo a los países subdesarrollados, tiene organizado un "Comité de ayuda al Desarrollo", en el que participan once países, que están haciendo importantes aportaciones de elementos técnicos y de medios materiales para

el desenvolvimiento de los países en necesidad. En 1961, las aportaciones de dichos países alcanzaron el considerable importe de 9.300 millones de dólares. Es una fuente de recursos de la que cabe esperar un vigoroso robustecimiento de la política occidental de salvamento de los pueblos necesitados, patrocinado por los Estados Unidos.

Por otra parte, dicha política ha de ir cimentada por los esfuerzos de integración económica que en Europa se hacen con la Comunidad del Hierro y el Acero, el Euratom y el Mercado Común —que forzosamente ha de ser elevada a un plano político ya iniciado con el Consejo de Europa— y, en América, con la Alianza para el Progreso.

¿Quién ganará esa colosal batalla internacional que hay empeñada en la guerra fría? Nunca he creído en las profecías ni sería capaz de hacerlas. Evidentemente, el bloque de las naciones de Occidente tiene una densidad de cultura y una capacidad técnica muy superiores a las del grupo comunista. Y si a sus recursos naturales añade la obra de integración del Mercado Común, las primeras materias más próximas de los cercanos Continentes, puede forjarse en poco tiempo una potencia económica formidable que proyecte su influencia por las partes del mundo que hay que redimir. Tiene, en cambio, la desventaja de que en el propio corazón de los países que lo componen lleva incrustada una masa popular demasiado atraída por las sugerencias de mando y de riqueza que en ella crean agentes del comunismo, amparados en una atmósfera de incauta libertad y de excesiva democracia. Y hay todavía otra desventaja: que el elemento revolucionario tiene una fanática creencia en sus doctrinas, mientras que el hombre de los países cultos está hoy muy falto de fe de todas clases y sobre todo de fe en los principios sobre los cuales se asienta su sistema de convivencia social.

De la capacidad de reacción que el mundo occidental demuestre ante la agresiva amenaza de que es objeto; de su fidelidad a los principios fundamentales de su cultura; de que haga honor a su tradición de humanismo; de que revitalice su sentido idealista; de que vea con claridad la perspectiva histórica que se le presenta, y de que aliente con franca energía a los institutos internacionales que organizan su solidaridad, su integración y su cooperación a la apremiante tarea de salvar de la ignorancia y de la pobreza a los pueblos que acecha el peligro comunista, dependerá que se cierre el ciclo de la cultura europea o que siga vigente en los tiempos y en las varias razas, sin solución de continuidad, la civilización que nos dio personalidad y dignidad como seres humanos.